

Alma15

[Pily B.](#)

4

(2ª parte)

¿Y ahora? ¿Debía abrir los ojos? ¿Debía? Los abrió, al fin y al cabo ya había pasado el peligro. ¿Pero qué...? ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? A su alrededor todo era semioscuridad, y a pesar de no poder distinguir prácticamente nada, estuvo segura de que no estaba dentro del holograma que había tenido delante de sus narices: allí no había ningún gobernador, ni multitud, ni estrellas, ni escenario, ¡ni nada por el estilo! Pero entonces, ¿adónde había ido a parar ella?

—¿Dum? —antes de recibir una respuesta, sus músculos se vieron tensados de tal modo que creyó que la estallarían— ¿Pero qué...? —de nuevo su cuerpo fue aplastado contra algo, pero ¿contra qué? Intentó apartarse y recibió un nuevo tirón, esta vez más fuerte—. ¡Aaaaaaaah!

La descarga de energía volvió a tirar de ella pegándola por completo a una superficie vertical, dura... Aquello no era una pared, pero... Otro tirón. En el momento en que intentaba moverse, fuera de forma voluntaria o involuntaria, aquella fuerza invisible volvía a tensar todo su cuerpo provocándole el dolor más intenso que jamás hubiera sentido.

—¡Ayudadme, ayudadmeeeeeee!

Volvió a recibir un nuevo tirón, y después otro, y otro más. Estuvo a punto de desmayarse, sí, de caer al suelo cuando una nueva descarga volvió a tirar de ella obligándola a permanecer de pie, pegada a esa especie de pantalla magnética igual que si se tratara de una pobre mosca atrapada en una tela de araña irrompible.

—Dum, si me escuchas haz algo. Haz algo por Dios —esta vez habló prácticamente en un susurro. Tal vez así podría impedir que le hicieran más daño.

Y así fue, en esta ocasión no fue castigada, pero ahora, a su alrededor, había algo que... ¿el qué? Algo que fuera lo que fuese seguro que haría que sufriera aún más. ¿Pero por qué pensaba aquello?

—¿Dummy estás ahí? ¿Dum?

—Estoy al otro lado.

—¿Dónde? ¡No puedo verte! —quiso mover la cabeza olvidándose momentáneamente de la existencia de la pantalla—. ¡Aaaaaah!

—Tranquila. Es lógico que no puedas vernos, pero no te preocupes, aquí estamos. Procura no moverte, ¿me oyes? Es cuestión de poco tiempo.

—¿Pero qué debo hacer?

—Debes contestar algunas preguntas.

—Está bien, si es sólo eso, espero que sean fáciles...

—Shelar, escúchame bien —el androide se mostró ¿presuroso?—, cuentas con un minuto para responder desde que formulen la pregunta hasta que recibamos la primera consonante o vocal de tu respuesta. ¿Entendido? Tómalo como un juego, aunque no lo sea en absoluto. Por cierto, tus contestaciones deben ser escuetas y contestadas sin titubeos, ¿de acuerdo? No hay que decir que si contestas sin convicción o mientes, se dará esa respuesta como nula.

—¿Pero y si fallo?

No hubo respuesta.

—¿Dum? ¿Dummy?

Una secuencia de palpitations encarnadas interrumpió la intensa sensación de soledad, de terror, que quería volver a apoderarse de ella. Las palpitations, o fogonazos de luz, o lo que quisiera que fuera aquello, la concedieron el tiempo suficiente para poder avistar con más claridad aquel lugar. Inconscientemente, mientras observaba, contó los segundos que iban transcurriendo entre una latido de iluminación y el siguiente; cinco segundos. Durante ese tiempo abrió los ojos cuanto pudo, comprobando que en realidad estaba atrapada en un espacio muy reducido, y hasta donde podía contemplar sin moverse, pudo ver que flanqueado por impresionantes paneles de rojiza arena móvil. Ésta, se deslizaba a través de los paneles hasta el suelo, ¿pero adónde iba a parar exactamente? Lo lógico sería que estuvieran formándose pequeños montones en el suelo, y no sucedía así. ¿Entonces, adónde caía?

¿Adónde? ¿Qué paranoia era aquella? Levantó su vista intentando no mover el cuello y observó que el techo también estaba cubierto por los mismos paneles arenosos, y aunque éstos sufrían el mismo fenómeno, tampoco caía ni un grano de arena al suelo.

«¿Qué sitio tan extraño! ¿Y de qué va todo esto?»

Sus últimos pensamientos debieron provocar lo que fue una de las sensaciones más desagradables que había vivido jamás: ¡se asfixiaba! Intentó tomar aire desesperadamente, mientras la súbita sensación de claustrofobia se apoderaba de ella, a punto de hacerla perder el control. *«¿Qué demonios está pasando? ¿De qué va esto? ¿De qué va?»*

Sin una causa que pudiera haberlo provocado, la arena empezó a caer haciendo pequeños montones, como Shelar previó que debía haber ocurrido desde un principio. Su respiración se volvió más agitada entonces, haciendo que la sensación de asfixia se intensificase también. ¿Qué broma era aquella? ¿Dónde estaban las dichas preguntas? ¿A qué esperaban? ¿Y Dum? ¿Dónde estaba que no hacía nada? ¡Ja! ¿Y quién le decía a ella que sus compañeros no podían estar sufriendo lo mismo ahora que ella no les veía? ¿Que no habían sido todos engañados?

Los latidos encarnados se hicieron más frecuentes, y la arena... la arena caía cada vez más deprisa, tanto la de las paredes como del techo... ¡también del techo!

«¡Dios mío! ¿Pero esto qué es?»

Abrió la boca en un último intento por hacer que algo de aire penetrase en sus pulmones. Éste se había vuelto demasiado denso, demasiado seco, con demasiado polvo... Al mismo tiempo percibió que la habitación o el lugar donde fuera que se encontrara, se comprimía. ¿Lo estaba haciendo? ¡No! Todo a su alrededor se desmoronaba, eso era todo... ¿Eso era todo? ¿Iba a ser enterrada viva y se la ocurría pensar que eso era todo? Volvió a tomar todo el aire que pudo, que no fue mucho:

—¡Por el amor de Dios sacadme de aquíiiii!

Otro nuevo tirón ahora sí la hizo llenar sus pulmones de aire, esta vez de forma refleja. A pesar del dolor, se alegró, ¡podía respirar, podía! Pero a cambio de tragar polvo y de sentir cómo el oxígeno agujereaba su interior según iba avanzando hacia sus pulmones, empezó a notar calor, un calor

insoportable, tanto, que ya tenía la ropa empapada. ¿Aquello qué era, el maldito infierno? No lo sabía, ¡no podía verlo! Sus ojos a penas podían distinguir el movimiento que tenía lugar delante de sí, por ello sólo pudo suponer que las partículas de arena caían ahora en tropel merced al siseante sonido que escuchaba. Entre tanto, los encarnados latidos se estaban volviendo cada vez más seguidos, más cegadores, o eso creyó porque en realidad tampoco podía verlos, sólo un leve resplandor. ¿Eran más cegadores o no? ¿Lo eran? ¿La arena caía más aprisa? ¿Caía la arena? ¡No! ¿Se estaba volviendo loca? ¡Sí, eso era! ¿De otra forma cómo era posible que no supiera lo que ocurría, que no estuviera segura de que lo que latía desafortunadamente en aquél maldito lugar fuera aquella luz, o su corazón, o su... cerebro? ¿Caía la arena?

Cerró los ojos. ¿Qué había de aquellas malditas preguntas? ¿Es que aquello había sido una trampa? ¿Lo era? ¡Lo era! Desde un principio quisieron acabar con ella... bueno, era injusto, pero en realidad ya no le importaba, quería acabar con todo aquello, «*¡venga, a la mierda con todo!*»

—¿Por qué te incorporaron en esta misión? —la voz era exacta a la del androide.

A pesar de su estado Shelar supo que no se trataba de su amigo. Abrió los ojos hasta que sus párpados no dieron más de sí. Todo a su alrededor continuaba siendo un infierno, borroso, pero un infierno. Aun así, encontró el arrojito suficiente como para recordar el consejo que le había dado su compañero y contestar lo más clara y rápidamente posible.

—Debo pagar por algo que hice en el pasado, ayudando a encontrar a Alma15.

Al contrario de lo que Shelar pensó que sucedería, el calor aumentó aún más, y para colmo de males, las borrosas palpitaciones aceleraron su ritmo y su resplandor se empeñaba en querer recordarle cada vez más al color de la sangre. ¿Al de su propia sangre? ¿Tendría que pagar entonces con su vida por lo que había hecho? ¿Esa era la única forma que tendría de echar una mano? ¿Para eso la enviaron hasta allí? «*¡Maldita sea!*»

Y a pesar de la decepción que sentía lo vio. Empezó a distinguir que en aquel confuso borrón algo se prendía, no había ningún objeto inflamable a su alrededor, pero así era: al principio el brillo se había mostrado tímidamente,

casi a hurtadillas, pero ahora estaba claro, aquellas lucecitas que intuía crecer y agitarse en el suelo, eran llamas. Y el humo... Su respiración se volvió más dificultosa si cabía, por ello procuró no coger aire, aguantó todo lo que pudo añorando que algo cambiase. Cuando no pudo más, volvió a inspirar y llegó el inevitable ataque de tos, y tras él, la nueva pesadilla. ¡Se asfixiaba, ahora sí que se asfixiaba, y la pantalla no dejaba de tirar de ella cada vez que tosía! Pero no podía hacer nada por evitar la tos, su garganta se estaba cerrando. Y sus ojos... aquellos que ahora no parecían servirle de nada, le lloraban, le escocían... ¡No podía con aquello, definitivamente ya no podía más! Estaba muerta de calor, aterrada, medio asfixiada, llena de dolores, y ahora empezaba a sentirse chamuscada.

Las llamas seguían creciendo, endemoniadamente avivadas por Dios sabría qué o quién, y se aproximaban a ella... Lo hacían. La ropa se pegaba a su cuerpo, como acartonada. La piel le tiraba, le escocía, le ardía... Continuar luchando era inútil. El fuego estaba a punto de cumplir su misión, casi lo sentía intentando alcanzar su rostro, trepar por sus ropas. Podía oír con toda claridad su amenaza susurrante, diciéndole que había llegado su hora. ¿Pero a quién le importaba ya?

—Sabemos lo de las cápsulas, Shelar, y esta es nuestra pregunta; si hubiera sido cierta la historia que te contaron, imagina que personas inocentes hubiesen tenido que pagar un elevado precio por esas cápsulas —Shelar lo imaginó a pesar de que casi rozaba la inconsciencia, y su corazón terminó estremeciéndose—. ¿Qué hubiese ocurrido con aquellos humanos que no hubiesen tenido el capital suficiente?

La mujer quiso sollozar pero no pudo, la tos se lo impidió, la tos y los nuevos tirones de aquel cacharro del infierno.

—¡Dios, no lo pensé, lo reconozco...! ¡No pensé en ese... ese detalle! Únicamente pensé que todos podrían tenerlas... y entonces nadie... nadie moriría.

Empezó a llover, así, sin más. Al principio parecía estar haciéndolo pausadamente, pero en seguida lo hizo de una forma intensa, inquietantemente intensa. La mujer ya no sabía si reír o llorar. La frescura del agua aliviaba el calor, bajaba su temperatura, pero el mismo persistente repiqueteo de las gotas sobre su piel le producían un nuevo tormento...

«¿Qué locura es esta?»

En poco tiempo se habían consumido los últimos vestigios del fuego y volvía a ser posible respirar. Shelar abrió los labios intentando no moverse demasiado. ¡Se sentía tan feliz y a la vez tan desdichada! ¿Cómo era posible que no hubiese pensado en aquella posibilidad? Y sin embargo, era cierto... jamás pensó que alguien pudiera quedarse sin las cápsulas.

Abrió los ojos, ¡podía ver!, pero la alegría se fue al traste cuando notó que sus pies estaban encharcados, bueno, sus pies no, el agua debía llegarle hasta las rodillas. Aun así no se movió, e imaginó lo que podrían estar buscando aquellos seres de ella, qué esperarían, y sobre todo cómo podría dárselo si conseguía averiguar qué era cuando aún estuviera a tiempo. Había cometido un error, sí, pero ya no había forma de dar marcha atrás.

El agua llegaba a su cintura y seguía subiendo a una velocidad escandalosa. Shelar pensó que ahora tenía dos buenas razones para no moverse, la primera era la pantalla magnética, y la segunda, la temperatura del agua. Ahora no sabía qué era peor, si el frío, que además la producía continuos espasmos, o los efectos secundarios que éste producía; las descargas que inevitablemente sufría por temblar como una estúpida hoja.

Y entre tanto el agua llegaba ya a la altura de sus pechos. «¿Qué hago? ¡Dios, qué hago!» Dentro de nada aquel torrente cubriría su cabeza, y no podía hacer nada para evitarlo... Repentinamente decidió agachar la cabeza y acabar con todo de una vez. ¿A quién le importaba ya? La pantalla magnética se lo impidió, pero entre sollozos lo volvió a intentar.

—¿Si todo lo que te contaron hubiese sido cierto, habrías continuado trabajando para ellos aunque la misión no hubiese resultado tan “humanitaria”?

La mujer alzó la cabeza, desorientada. Sus palabras salieron entre continuas tiritonas:

—Ssss... ssssupongo que sssssssí. Ssssssiempre y cuando las futuras misssssiones no hubiessssssen entrañado —el agua le llegaba ya a sus labios, pronto acabaría todo—, pe... peligro alguno paraaaa nadie. Estaaamoss hablando deee mucho dineero, y yo lo necesitttttaba.

«¡Ahora sí que estoy condenada de por vida, si es que vivo para cumplir mi condena!»

Afortunadamente algo cambió. El nivel del agua fue disminuyendo, igual que si alguien hubiera destapado algún desagüe. La pantalla magnética también soltó a su presa. Shelar se llevó las manos a la cara rápidamente. Los músculos respondían y no parecía que hubiera señal alguna de quemaduras. «¡Increíble! ¿He pasado la prueba?» En segundos el agua había desaparecido a su alrededor, ¿quién sabía por dónde? Tampoco importaba ya... Se sentía tan feliz, tan liberada...

Permaneció unos momentos a la espera para ver si ocurría algo o le daban nuevas instrucciones, pero no sucedió nada. Pronto se cansó, estaba claro que aquello había terminado ya.

—¡Ey! ¿Estáis ahí?

No hubo respuesta.

Esperó un poco más, el tiempo que creyó imprescindible, y en seguida se dispuso a volver a sentir la primera sensación agradable que tuvo antes de que aquella pesadilla diera comienzo. Pero en el momento en el que justo empezaba a notar el suave cosquilleo, algo la empujó de nuevo hacia el interior de la imagen, algo así como una ráfaga de aire.

«¿Qué sucede ahora? ¿De dónde había venido esa corriente?»

Se levantó y volvió a intentarlo. La misma corriente invisible la desplazó hacia atrás, tirándola violentamente de espaldas. Su estómago empezó a revolverse, pero volvió a intentarlo, y otra vez fue empujada. Aquello no acabaría nunca...

—¿Cómo te consideras?

Shelar se levantó a duras penas.

—¿Qué? ¿Cómo? ¡Inocente!

—Está bien. Ahora responde sin pensar. ¿Contra qué has estado luchando desde el momento en que comenzó la intervención? Rápido, dinos.

Shelar cerró los puños y contestó casi a gritos:

—¡Contra los cuatro elementos! —«¿Pero cómo puedo ser tan estúpida? ¿Contra qué voy a estar luchando sino contra mí misma y este sentimiento de culpabilidad que me está machacando? ¡Seré...!»

—Correcto, has luchado contra ambas cosas, me refiero tanto a lo que has dicho como a lo que piensas.

—Shelar, soy yo —a pesar de tener la misma voz, la mujer sabía que ahora sí volvía a tratarse de su compañero—. Ya puedes volver.

Shelar miró directamente al holograma sólo cuando consiguió sentirse con fuerzas suficientes. La imagen era casi exacta a la que había dejado atrás —antes de penetrar en aquella absurda pesadilla que aún no sabía si había servido para algo—, salvo por un único detalle: En ella, había un nuevo personaje que había salido de entre las sombras, reuniéndose inmediatamente junto al gobernador.

Dolf amplió la imagen hasta poder ver al sujeto con la máxima claridad posible, aunque su presencia a ese tamaño ya amedrentaba más que suficiente.

El ser vestía una holotúnica aterciopelada en un tono borgoña, salpicada de inquietantes brillos y fenómenos holográficos. Debía medir unos tres metros aproximadamente, comparándolo con la estatura del Nudishh, pero lo singular del personaje no eran ni sus vestimentas ni su formidable estatura, sino su complexión femenina y su fisonomía extraordinariamente caprina: Su rostro tenía claramente la forma de un rumiante, pero existían indicios de insólitos rasgos humanoides. Uno de los principales era que aunque él/ella no carecía de hocico, éste poseía una nariz y una boca perfectamente humanoides, sí, y además muy femeninos... ¡Y su piel! La criatura en vez de estar recubierta de pelo como era de esperar debido a su constitución, estaba provista de piel humana, de una blancura y tersura inigualables. Por otra parte, sobre su frente se erguía un único cuerno de espléndidas proporciones: éste se hallaba ubicado en el lado derecho de la cabeza caprina, mientras que en el izquierdo, no había nada, tan sólo una espesa mata de pelo azul que recubría por completo esa región disimulando la carencia ósea.

El tamaño de la imagen fue estandarizado por uno de los miméticos, y fue entonces cuando *la cabra* levantó el cetro con apariencia nebulosa y lo

golpeó repetidas veces contra el suelo. Después de esos toques de cortesía, flexionó su tronco y cubrió con la pezuña derecha su vientre, mientras su cabellera azul intenso se precipitaba al vacío. Así permaneció durante unos segundos, y cuando de nuevo se halló erguida, fue Random quien procedió con un nuevo ritual; éste pasó los tres únicos dedos de su mano derecha por su amplia frente, mientras sus dos antenas, se agitaban realizando asimétricos movimientos afirmativos a modo de contestación. Una vez finalizado su saludo, ambos personajes permanecieron impávidos frente al público, y así podrían haber permanecido indefinidamente si no hubiese sido porque Dummy se dispuso a romper con aquella molesta rutina.

—Tengo la respuesta —repuso, permitiéndose el lujo de no inquirir a los habitantes de Mimet.

—¿De veras? —la mujer empezó a sentirse mejor, el agotamiento parecía querer darle una pequeña tregua.

—Sí. Ese personaje... —señaló con un gesto casi imperceptible al ser de aspecto humano-caprino—... Se trata de Amaltea. Según la mitología griega, a Crono, dios del tiempo, le profetizaron que en un futuro uno de sus hijos le derrocaría de su trono dándole muerte. Por este motivo, y también llevado por el miedo, decidió comérselos según se iban produciendo los alumbramientos, e impidiendo al mismo tiempo que la profecía se viera cumplida. Finalmente su esposa, la Titánides Rea, alumbró a Zeus, y decidió proteger a éste a toda costa. Para ello, envolvió una piedra en pañales y se lo entregó más tarde a su esposo como si se tratara de su hijo legítimo. Entre tanto Zeus, fue llevado al monte Ida en la isla de Creta, y allí lo ocultaron en una gruta...

—¿Dónde se encuentra Creta? —Shelar volvió a interrumpir sin percatarse de ello. ¿Realmente había acontecido algo así?

—Es una isla que se hallaba en el mar Mediterráneo. Junto a algunas más pertenecía a un país de la Tierra llamado Grecia, mucho tiempo antes de que la Tierra entera se convirtiera en Ccäpitalia —G23 no pudo reprimirse.

—Ah...

— ... Rea llamó a los Curetes, hijos de Gea, para que se situasen en el orificio de entrada a la gruta y que éstos, con sus cánticos, impidiesen que Crono oyese el llanto del bebe. A partir de este punto es cuando la leyenda continúa disertando bajo dos posibles suposiciones: La primera cuenta que

Zeus fue amamantado por la cabra Amaltea, quien fue elevada posteriormente a la posición de astro. La segunda, dice que una ninfa llamada Amaltea, fue quien llevó al bebe a la gruta y allí fue amamantado por una cabra. A simple vista podríamos decantarnos por la primera hipótesis, ya que según la imagen se trataría de Amaltea, la cabra, y no la ninfa. A este curioso detalle debemos añadir además un hecho que resulta obvio a primera vista, y que acaba confirmando la primera teoría; la ausencia de uno de sus cuernos. Según cuenta la leyenda, fue arrancado por Zeus y entregado más tarde a las ninfas, acompañado de una promesa; el cuerno de aquella cabra podría llenarse de todo aquello que las ninfas desearan, por lo que éstas acabaron denominándolo “el cuerno de Amaltea, o cuerno de la abundancia”... En definitiva, se trata de Amaltea la cabra.

—¿Pero Dummy qué ocurrió con Crono? —estaba claro, Shelar ya casi volvía a ser la misma de antaño, casi.

—Lógicamente fue vencido por Zeus.

—Ya ¿pero adónde debemos ir? —G23 no entendía a dónde quería llegar el dichoso androide con todo aquello. Por supuesto que debían buscar una relación entre la imagen del holograma y su inmediato destino, ¿pero qué tenía que ver *una cabra* con todo aquello?

—A la constelación de Auriga, la cual cuenta con una estrella binaria y su astro principal o más brillante, la alfa Aurigae, es la única en la Vía Láctea que coincide con lo que verdaderamente buscamos.

—¿Puedes explicarlo mejor? —su compañera sonrió tímidamente.

—Por supuesto, me refiero a que uno de los planetas pupilos de este Sistema fue bautizado como Capella, cuyo significado es la cabra o macho cabrío, bajo una de las muchas denominaciones de la mismísima gigante roja. No hay lugar a dudas, ése es el lugar...

Tanto Shelar como G23 se volvieron interrogativos hacia sus anfitriones. Fue entonces cuando la imagen que mostraba a ambos personajes rodeados por su séquito, y secundados por la enorme pantalla, se desvaneció sin previo aviso. Múltiples interferencias de vívidos colores eléctricos dieron paso a la última secuencia: un primer plano de Alma15.

Alma15 fue concluida en Agosto del 99 y ha sido revisada durante el 2003.